

dos por el ímpetu de las olas de este mar de iniquidades, agitados por mil vientos contrarios, y siempre a punto de ser hundidos en el abismo por la furia de la tempestad, mientras él goza de profunda calma, señor de sí y dueño de sus acciones, que ejecuta cuando le place y como mejor le plazca. Ni la ambición, ni la avaricia, ni la voluptuosidad ejercen ya imperio sobre él; ningún respeto humano le arredra; los juicios de los hombres, sus desprecios, sus críticas y sus burlas, son ya despreciables a sus ojos y no tienen fuerza alguna para desviarle del camino recto que se ha trazado.

Las adversidades, los sufrimientos, las humillaciones y las cruces más pesadas, nada tienen para él de espantable ni terrible. En una palabra, se ha elevado muy por encima del mundo y de sus depravadas concupiscencias. Si esto no es ser libre de verdad, no sé ciertamente quién podrá serlo.

Y no sólo se ve con esto libre el hombre de toda sujeción y esclavitud ajena, sino también de la suya propia; porque con el señorío que ha adquirido sobre sí mismo, no depende ya de las fructuaciones de su imaginación, ni de la inconstancia de su voluntad. Es firme e inquebrantable en sus resoluciones, fijo en sus ideas, decidido en sus principios, metódico en todos sus actos. El espíritu de Dios, cuyos movimientos sigue en todo fielmente, comunica su inmutabilidad a la criatura, de por sí tan variable y tornadiza; y aun en medio de los más terribles combates interiores, su voluntad permanece firme y estable como una roca. Es preciso experimentarlo para poder juzgar de ello con conocimiento de causa. Pero las personas que verdaderamente son de Dios, aun aquellas que todavía se hallan en los comienzos, se admiran no poco de la diferencia que existe entre lo que son y lo que antes fueron. Hay exactamente la misma diferencia que la que media entre el mar cuando está en calma, tranquilo y en cierto modo dueño del movimiento de sus aguas, y el mar turbulento y agitado de todos los vientos. ¿Qué libertad mayor puede darse que esa posesión de sí mismo, que ese imperio sobre todos los movimientos del alma, a la cual apenas se le escapa algún acto del todo indeliberado, y aun entonces por muy cortos instantes?

¿Podrá extenderse aún más la libertad de los hijos de Dios? Sí,

porque los tales son libres aun con respecto al mismo Dios. Quiero decir que cualquiera que sea la conducta de Dios para con ellos, ora les prueba con adversidades, ora les regale con sus divinas consolaciones; ya les haga sentir su presencia, ya se aleje de ellos aparentemente, el fondo de su alma permanece siempre inalterable. Viven elevados por encima de todas las vicisitudes de la vida espiritual; la superficie de su interior podrá verse momentáneamente agitada; pero el fondo goza de la mayor paz. Su libertad con respecto a Dios consiste en que deseando ellos todo lo que Dios quiere, sin inclinarse a un lado ni a otro, y sin atender en nada a sus propios intereses, se abrazan por adelantado con todo lo que pueda acontecerles, confundiendo su elección, por decirlo así, con la de Dios y aceptando libremente todo lo que les viene de parte de su Divina Majestad: por manera que pueden decir con toda verdad, cualquiera sea el estado en que se hallen, que no están allí contra su gusto, que están contentos de todo y que tienen todo lo que desean. Sí, aun cuando se vean rodeados y como abrumados de cruces; aun cuando estén sumergidos en un océano de penas; aun cuando el demonio, los hombres y Dios mismo se conjuren, por decirlo así, para hacerles la guerra; aun cuando se vean destituidos de todo apoyo exterior e interior, se consideran felices, y su alegría es completa y superabundante, según la expresión del Apóstol. Hasta tal punto se hallan contentos con su suerte, que no la cambiarían con otra alguna, ni se permitirían dar un sólo paso por librarse de ella.

Tal es y aún más excelsa la libertad de los hijos de Dios; nada en el mundo puede sucederles contra su voluntad; no desean nada, ni temen ni echan de menos nada; nada les turba, nada les afecta. Comparad esta situación, no digo ya con la de los mundanos en medio de sus vanas alegrías y positivos disgustos, de sus temores y esperanzas, sino aun con la de los devotos vulgares, a quienes el amor propio no deja gozar jamás de verdadera paz; y os veréis forzado a confesar que no hay sacrificio, por grande que fuere, que no debiera aceptarse de buena gana a trueque de alcanzar un estado tan eminente y perfecto.

VIII

Lo que puede el hombre por sí solo y de lo que es capaz con el auxilio de Dios

Dice el Apóstol San Pablo: *“Cuando estoy débil, entonces, con la gracia de Dios, soy más fuerte”* ¹. Esto es: Cuando yo tengo el sentimiento íntimo de mi debilidad y estoy convencido de ella por propia experiencia; cuando, al ver que no puedo nada, me humillo y pongo en Dios toda mi confianza; entonces es cuando soy fuerte con la gracia de Dios, que se complace en hacer brillar su poder en la debilidad de su criatura; entonces es cuando lo puedo todo en Aquel que me conforta. Tampoco es menos cierto, que cuando nos creemos fuertes, entonces es cuando en realidad somos más débiles. Esto es; cuando presumimos de nuestra fortaleza, nos la apropiamos y en ella nos gloriamos, hasta el punto de creernos capaces de hacerlo y sufrirlo todo; porque Dios retira sus auxilios de la criatura presuntuosa, abandonándola a sus propias fuerzas.

La confianza en sí mismo es, pues una debilidad real, y aun extrema; porque es principio inevitable de caídas, y casi siempre de caídas muy humillantes. Al contrario, la desconfianza de sí mismo, cuando va acompañada de humildad y de confianza en Dios, es una fuerza real, una fuerza todopoderosa, la fuerza misma de Dios.

Mas ¿por qué quiere Dios que estemos penetrados de este sentimiento de nuestra miseria? Para hacer resaltar su poder en nosotros. El es infinitamente celoso de que todo el bien que hay en nosotros, no se atribuya a otro que a El; quiere ser reconocido como el único autor y el solo consumidor de toda santidad; y no puede tolerar que, en el orden de la gracia sobretodo,

¹ 2 Cor. 12, 10.

la criatura crea poder algo, aun la más mínima cosa, contando sólo con sus propias fuerzas, con sus resoluciones, esfuerzos e industrias.

El gran secreto de la conducta que Dios observa con las almas a quienes desea santificar, está precisamente en quitarles toda suerte de confianza en sí mismas; y para esto las deja como abandonadas a sus miserias.

Permite que todas las trazas que toman por su propia iniciativa les salgan fallidas, que sus designios y proyectos queden frustrados, que sus ilusiones las extravíen y sus juicios las engañen, que sus previsiones mejor concertadas resulten vanas, que su voluntad claudique y desfallezca a cada paso. Quiere enseñarles con esto a no contar para nada en solas sus fuerzas, a fin de que busquen su apoyo únicamente en El.

A los principios, cuando se experimentan los efectos sensibles de la gracia, cuando el espíritu se ve iluminado con íntimos resplandores, y la voluntad se siente transportada de santos movimientos, es natural se crea uno capaz de hacerlo todo y sufrirlo todo por Dios; no se imagina posible el rehusarle nada, ni aun vacilar siquiera, aunque fuere en las cosas más difíciles. Se llega algunas veces hasta pedirle las más pesadas cruces, las más profundas humillaciones, persuadido de que tiene sobrada fuerza para soportarlas. Cuando el alma es recta y sencilla, esta especie de presunción, que nace del sentimiento que se experimenta de la fuerza de la gracia, procede sólo de la falta de experiencia, y no disgusta a Dios, cuando no va acompañada, de pensamientos de vana complacencia en sí misma.

Pero Dios no tarda en curar al alma de la buena opinión que tiene de sí misma. Para ello le basta retirar su gracia sensible, dejarla abandonada a sí misma, y exponerla a la más ligera tentación. Bien pronto siente ella fastidio, desaliento y repugnancia; ve por todas partes obstáculos y dificultades; sucumbe en las menores ocasiones; una mirada, una palabra, un gesto la desconciertan; a ella, que se creía con sobradas fuerzas para hacer rostro a los mayores peligros. Entonces pasa al extremo opuesto: teme de todo, desespera de todo, piensa que no podrá ya vencerse en nada; y hasta se ve tentada de abandonarlo todo. Y

en efecto, lo echaría todo a rodar si Dios no viniese pronto en su auxilio.

Dios continúa este modo de proceder con respecto al alma hasta que, por medio de experiencias reiteradas, se haya convencido plenamente de su nada, de su incapacidad para todo bien, y de la necesidad en que está de no afianzarse más que en sólo Dios. Para esto sirven las tentaciones, en las cuales se ve el alma a punto de sucumbir, y en que Dios la sostiene cuando ya no halla recurso en parte alguna; la rebelión de las pasiones que ella creía completamente domeñadas, y que vuelven a sublevarse con inusitada violencia, hasta el punto de obscurecer la razón y poner al alma a dos dedos de su ruina; las faltas de fragilidad de toda especie, en que Dios la deja caer expresamente para humillarla; los desabrimientos, dificultades extrañas en la práctica de la virtud, fuertes repugnancias para la oración y demás ejercicios de piedad; en una palabra, el sentimiento vivo y profundo de la malignidad de la naturaleza viciada por el pecado, y de su incapacidad para todo bien. Emplea Dios todos esos medios para anonadar al alma a sus propios ojos, inspirarla odio y horror hacia sí misma y convencerla de que no hay crimen tan horrible de que no sea capaz si Dios la dejara de su mano; y además que es impotente para producir por sí sola la menor acción buena, ni el menor deseo santo, ni el más mínimo pensamiento recto, sin los auxilios de la divina gracia.

Cuando después de repetidos golpes, de continuas caídas y de reiteradas experiencias, el alma al fin se ha acostumbrado a no contar consigo misma aun en las cosas más insignificantes, entonces Dios la va revistiendo poco a poco de su fortaleza, haciéndola sentir que ésta no le viene de sí, sino de lo alto. Alentada y sostenida con ella, todo lo emprende y lo soporta todo: sufrimientos, humillaciones de toda especie, trabajos, fatigas por la gloria de Dios y bien de las almas: lleva a feliz término sus empresas, ninguna dificultad la arredra, ningún peligro la espanta, porque es ya fuerte con la fortaleza de Dios. no solamente refiere a Dios toda la gloria, sino que reconoce además y experimenta que es El solo quien lo puede y lo hace todo, mientras ella no pasa de ser un débil instrumento en las

manos de Dios, que Él mueve a su voluntad; o más bien una pura nada, de la cual se sirve Dios en la ejecución de sus designios.

Así es como San Pablo, después de haber contado las grandes hazañas que había hecho y sufrido por el Evangelio, añadía con la más íntima convicción: “Pero no soy yo quien ha hecho todo esto, sino más bien la gracia de Dios que está conmigo”¹

Una alma tal, rinde a Dios toda la gloria que de ella puede esperar, sin reservarse absolutamente nada para sí; pues se tiene en lo que es en realidad, pura nada. De este modo glorifica a Dios con todo lo que hace y sufre por su amor; y sobre todo le glorifica más que nada con esta disposición interior de su propio anonadamiento.

¡Oh! ¡Cuán muerto a sí mismo es menester estar, y por cuántas pruebas no se tiene que pasar antes que llegue a tal estado! Como todo, cuando el alma lo ha alcanzado, entona un himno de perpetua alabanza a su divina Majestad; o más bien, Dios mismo se alaba y glorifica en esta alma. Todo en ella es para Dios, sin que nada reserve para sí, y aun pudiera añadirse que se halla en una dichosa incapacidad de reservarse nada.

¿Y qué deberemos hacer para llegar a conseguir ese estado dichoso en que seamos fuertes con la misma fortaleza de Dios? Para ello se requiere como fundamento indispensable una resolución firme e inquebrantable de no rehusar nada a Dios, y de no hacer nada, al menos conscientemente, que pueda disgustarle. Supuesto este fundamento, es necesario además humillarse por sus faltas, aunque sin turbarse nunca por ellas; mirarlas más bien como una prueba de nuestra flaqueza y sacar de ellas el fruto que Dios pretende, a saber: que nos acostumbremos a no contar para nada con nosotros, sino que pongamos toda nuestra confianza en sólo Dios. Es preciso también no fiarnos demasiado de los buenos sentimientos que nos vienen en ciertos momentos de fervor; no creernos mejores ni más fuertes por estos movimientos pasajeros, sino juzgar de nosotros por lo que somos cuando nos falta la gracia sensible. También debe uno procurar no desalentarse a vista de su propia miseria, ni de-

1 I Cor. XV, 10.

decirse: “No, nunca podré yo hacer o sufrir tal o cual cosa,” sino más bien, reconociendo que somos incapaces del más insignificante acto de virtud, decir: “Dios es todopoderoso; con tal de que yo no me apoye sino en El, me será posible, y aun fácil, lo que sobrepuja mis fuerzas.” Podemos decir a Dios con San Agustín: “Dadme, Señor, lo que me ordenéis y mandadme lo que os plazca.” No debemos extrañarnos tampoco de las repugnancias que sentimos, sino pedir sin cesar a Dios la gracia de hacernos superiores a las mismas: y cuando las hayamos superado, guardémonos bien de atribuirnos la victoria, antes atribuyámosla enteramente a Dios. Finalmente procuremos evitar la presunción y también la pusilanimidad: dos efectos que proceden, el uno de que contamos demasiado con nuestras fuerzas, y el otro de que no contamos bastante con Dios. La pusilanimidad procede de falta de fe; la presunción de la falta de conocimiento propio. El remedio para estos dos defectos es mirar a Dios como el único principio de nuestra fortaleza. No habría peligro alguno de que fuéramos presuntuosos si estuviéramos convencidos de que toda nuestra fortaleza nos viene de Dios; y tampoco seríamos jamás pusilánimes si estuviéramos bien persuadidos de que tenemos siempre a nuestra disposición la misma fortaleza del que es Todopoderoso.

IX

Conducta de Dios con el alma

“He aquí que estoy a la puerta y llamo. Si alguno escuchare mi voz y me abriere la puerta, entraré a él y con él cenaré, y él conmigo.” (Apocalipsis III-20.)

Mientras vivimos acá en la tierra, el único deseo de Dios con respecto a nosotros es apoderarse de nuestro corazón y reinar en él, no para labrar su propia felicidad, porque ninguna necesidad tiene El de nosotros para ser feliz, sino para labrar la nuestra; no solamente en la eternidad, sino aun en la presente vida; puesto que, así la razón como la fe y la experiencia nos enseñan que no hay verdadera felicidad para el hombre fuera de Dios.

Y ¿qué hace Dios para procurarnos esta felicidad? Persevera incesantemente a las puertas de nuestro corazón; llama a ellas por medio de las luces, de las buenas inspiraciones o de los remordimientos, a fin de atraernos al bien y alejarnos del mal. Si le prestáramos atención o si moráramos dentro de nuestro corazón, observaríamos que Él llama a cada momento. Si no le oímos, es porque estamos casi siempre fuera del alcance de su voz y sin las disposiciones necesarias para escucharla. El llama incesantemente durante una larga serie de años, y a veces, durante toda nuestra vida. Su paciencia en esperarnos es inconcebible; sufre obstinación con una benignidad y perseverancia que sobrepujan todo encarecimiento.

¡Oh, Señor! ¡Si me fuera dado recordar el momento en que Vos empezasteis a dar aldabadas a mi corazón, y cuánto tiempo permaneció éste insensible y rebelde! ¿Quién podrá enumerar las tiernas invitaciones de vuestro amor y las incalificables rebeldías del mío? Tal vez no se ha pasado un solo día, en el espacio de muchos años, en que Vos no me hayáis llamado quizá repetidas veces, viéndoos casi siempre menospreciado y desatendido por esta vilísima criatura. ¡Oh, qué exceso de bondad la vuestra y qué negra ingratitud la mía! ¡Ah, Señor! esta doble consideración me conmueve y anonada; me inspira de una parte profundo horror a mí mismo, y por otra vivo reconocimiento por los beneficios que de Vos he recibido! ¡De cuántos pecados ha sido causa este abuso de vuestras gracias! ¡Qué inefable paciencia en sufrirme y esperarme! ¡Vos, que desde el primer pecado que cometí podíais haberme arrojado para siempre en el infierno! ¡Cuántas almas están y estarán eternamente allí por menos pecados que los míos! ¿Por qué no estoy yo allí como ellas? Este es el gran secreto de vuestra justicia y de vuestra misericordia.

Yo bendeciré y cantaré eternamente esta misericordia, mientras una multitud de almas, tal vez menos culpables que yo, serán eternamente víctimas de vuestra justicia vengadora.

Cuando después de haber estado Dios llamando más o menos largo tiempo, al fin se le abren de par en par las puertas del corazón, penetra en él y establece allí su morada con una prontitud y gozo realmente inenarrables; lo adorna con los

tesoros de sus gracias, siempre dispuesto a concedérselas más y más preciosas y abundantes, mientras el alma vaya correspondiendo con su fidelidad a la esplendidez de sus dones. Por su parte Dios está resuelto a no abandonar jamás aquella morada, a menos de que el alma cometa la incalificable estupidez de arrojarle de ella. Perdona y olvida todo lo pasado, con tal delicadeza, que el alma sorprendida de tan buen tratamiento, casi llega a olvidarse también de lo mucho que le ha ofendido durante tan largo tiempo; y si se acuerda, es un recuerdo que nada tiene de amargo, sino que más bien está inspirado por el amor y el reconocimiento. Entonces derrama Dios en el alma raudales abundantes de inefable paz íntima, deliciosa y muy superior a todo sentido. Si todas las almas no experimentan todo esto, es debido a que muchas se vuelven a Dios más bien inducidas por el temor que por el amor; no se entregan a El sino muy flojamente, y con su poca fidelidad atan las manos a Dios para que no les conceda mayores gracias. De aquí que la mayor parte de ellas recaiga en los mismos pecados, y su vida no sea otra cosa que una serie continuada de caídas y arrepentimientos. Pero las almas que se entregan a Dios plenamente, que le abren de par en par las puertas de su corazón, y se vuelven a El más bien atraídas por su amor que por el propio interés, gustan desde el primer momento en que se volvieron a El, ¡cuán bondadoso es Dios y cuán benévola acogida dispensa al pecador sinceramente convertido!

¡Ah, Señor! No puedo menos que confesar humildemente que yo he tenido la dicha de experimentarlo y no lo olvidaré jamás. Sí, desde el punto y hora en que yo me entregué totalmente a Vos, borrasteis todas mis iniquidades, lavasteis mi alma con la sangre de vuestro Hijo, iluminasteis mi espíritu con una luz celestial, e infundisteis en mi pecho una paz encantadora: he conocido verdaderamente, y he sentido cuán dulce y cuán suave es ser vuestro y cuán despreciable resulta todo lo que no seais Vos. De día en día me habéis ido dispensando nuevos beneficios; de día en día me habéis unido más íntimamente con Vos, desprendiéndome más y más de las criaturas y de mí mismo.

Concededme la gracia de ser fiel y generoso para con Vos. ¡Oh Dios mío! Que considere en adelante como la mayor de mis

desgracias el rehusaros o, siquiera regatearos la menor cosa. Sea cual fuere lo que me pidiereis, no me cabe duda que lo ordenaréis todo de manera que redunde siempre en mayor provecho de mi alma. Yo por mi parte pongo desde ahora toda mi dicha y contento en sacrificaroslo todo sin reserva alguna; mi vida, en adelante, ha de ser vida de amor, de sacrificio y de holocausto, puesto que el más noble y santo ejercicio que puedo yo hacer de mi libre albedrío consiste precisamente en inmolarlo en aras de vuestro divino beneplácito.

Mas esta paz interior que empieza a saborear el alma desde los comienzos de la vida espiritual es todavía muy imperfecta comparada con la que Jesucristo le promete, aun en este mundo, si ella persevera en serle generosa y fiel. En efecto el término y la consumación de la vida espiritual consiste en la unión íntima y perfecta del alma con Dios, en virtud de la cual el alma viene a ser en cierto modo transformada en Dios, estableciéndose entre ambos una unión algo parecida a la que reina entre las tres Divinas Personas.

Jesucristo lo afirma expresamente en la última plegaria que dirigió a su Eterno Padre por los elegidos: *Ruégote que todos sean una misma cosa, dijo; y que como tú ¡oh Padre! estás en mí y yo en tí por identidad de naturaleza, así sean ellos una misma cosa en nosotros por unión de amor*¹. Y en el Apocalipsis para declarar la dulce familiaridad de este trato íntimo que se establece entre Dios y el alma, dice: *Yo cenaré con ella y ella conmigo*. Esto es: habrá una especie de igualdad entre el alma y yo; su mesa será mi mesa y la mía será la suya; nuestra comida será común entre los dos. Y ¿qué comida será esta? la misma con que Dios se alimenta, o sea Dios mismo; pues El se comunicará a su criatura y la criatura se transformará en El: con lo cual ambos tendrán una misma vida y un mismo principio de vida. Todo esto tiene prometido y preparado el Señor para el alma filial, aun en la presente vida, en que empezará a gozar de ello, si bien encubierto bajo los velos de la fe. Enmudezca aquí la lengua; porque esta comunicación divina es tal, que el alma misma que la gusta no es capaz de concebirla ni expresarla.

Mas para gozar de esta unión con Jesucristo en su estado glorioso, es menester que el alma haya vivido unida con El,

participando de sus oprobios y dolores; es menester que haya muerto del todo a sí misma y al amor propio en lo que éste tiene de más íntimo.

Precisamente a esta purificación perfecta del alma van encaminadas todas las pruebas por las cuales Dios la hace pasar: pruebas a decir verdad necesarias, porque es imposible de otra suerte que el alma se despoje enteramente de sí misma: pruebas dolorosas, aunque nunca en ellas deja Dios de sostenerla con su poderoso auxilio. Por medio de ellas adquiere el alma gran caudal de merecimientos, si las acepta con entera resignación.

¡Oh Dios mío! Si yo me amara verdaderamente a mí mismo, y os amara a Vos más que a mí mismo, no me opondría en manera alguna al cumplimiento de vuestros designios sobre mí, por rigurosos que pudieran parecer a la naturaleza. Hasta el presente, nada habéis olvidado de cuánto podía redundar en provecho mío; me habéis amado aún en el momento mismo en que yo os estaba ofendiendo; y ahora que quiero ser todo vuestro, que ansío perteneceros con toda plenitud de mi corazón, ¿no deberé esperar de Vos que me amaréis incomparablemente más? Nada tengo pues que recelar de vuestro amor, por más que quiera convertirme en su víctima, destruyendo y aniquilando en mí todos los afectos desordenados, para que renazca mi alma y viva en Vos. Desde este momento me ofrezco gustoso para cuanto queráis hacer de mí: acepto las cruces que vuestra bondad me tiene destinadas, las abrazo y beso desde ahora como los más preciados favores que puedo recibir de Vos, y no quiero ya más verme privado de ellas hasta el último suspiro. Así sea.

X

Del temor de Dios

Perfecta charitas foras mittit timorem (1 Jn. 4, 18). “La perfecta caridad echa fuera el temor.”

No hay duda que Dios quiere ser temido: que no en vano declara la Sagrada Escritura en mil pasajes cuán terribles son sus juicios; y San Pablo ¹ : “Tremenda cosa es caer en manos del Dios vivo.” Por esto nos enseña el Eclesiástico que el temor de Dios es el principio de la sabiduría ² : pero adviértase que no es más que su principio; en el amor consiste su progreso y su consumación. El temor de Dios es uno de los dones del Espíritu Santo; pero un don por medio del cual quiere prepararnos a recibir otros dones más excelentes. Por manera que si bien es útil y aun necesario poseer este sentimiento de temor y estar penetrados de él, no sólo en nuestra alma, sino en nuestro mismo cuerpo; con todo no hemos de parar aquí, sino que es preciso aspirar a aquella perfecta caridad que disipa el temor, o más bien lo depura, ennoblece y transforma en otro temor santo, hijo del amor.

Cuando el alma tiene que salir del estado de la culpa, bueno es y muy saludable que se deje penetrar del terror de los juicios de Dios: que tema su justicia inexorable y sus eternas venganzas. Deje entonces que este sentimiento obre en ella con toda su fuerza y guárdese muy mucho de procurar sofocarlo o debilitarlo; es el Espíritu Santo quien lo infunde en nuestros corazones, para disponernos a una sincera conversión.

Aún después de habernos convertido a Dios, el temor ha de sostenernos en la práctica de la penitencia. El pensamiento del fuego del infierno, que tantas veces hemos merecido, y del que la penitencia, según Tertuliano, no es más que una compensación, debe esforzar nuestro valor, hacernos santamente enemigos de nosotros mismos y animarnos a abrazar generosamente cuanto haya de penoso y repulsivo a nuestra naturaleza corrompida, en la mortificación cristiana.

¹ Heb. 10, 31.

² Ecli. 1, 16

Debemos también echar mano de este saludable temor en las ocasiones y peligros de pecar que a todas horas nos rodean: temblemos a la vista de nuestra extremada flaqueza y de la influencia perniciosa que ejercen sobre nuestra alma los malos hábitos, contraídos tal vez durante la vida pasada. Opongamos al atractivo del placer, a las sugestiones del demonio, y al violento impulso de la concupiscencia, el temor de la justicia divina y de sus formidables amenazas contra los pecadores, que recaen en la culpa después de haber obtenido el perdón. El temor es, sin duda alguna, un contrapeso de que necesitan para precaverse del pecado, lo mismo las almas inocentes que los pecadores arrepentidos, en los mil encuentros que a cada paso se presentan.

Con todo, el motivo del temor no debe ser el predominante en la vida del cristiano; puesto que Dios merece ser servido por otros motivos más nobles y elevados: a más de que el corazón del hombre está formado de tal suerte que se deja guiar y atraer mucho más por los motivos de amor que por los del temor: y aun podríamos añadir que el amor es el único sentimiento verdaderamente digno de Dios. Por esto Jesucristo nos enseña que este amor constituye el primero y más excelso de todos sus mandamientos¹. Por otra parte Dios merece ser amado sobre todas las cosas por sus perfecciones infinitas, por los beneficios con que nos ha colmado en el orden de la naturaleza y en el de la gracia, y por los bienes eternos que nos promete y que serán la recompensa del amor que le hayamos profesado. Finalmente el sentimiento del amor es el único que realmente transforma el corazón, lo encamina hacia Dios, y le pone hastío de las criaturas; él es quien lo ablanda, dilata y eleva, comunicándole los bríos de que necesita para abrazarlo todo y sufrirlo todo por Dios.

Dos cosas nos recomienda el Espíritu Santo: evitar el mal y obrar el bien². El temor podrá apartarnos del mal; pero casi nunca nos inducirá eficazmente a practicar el bien. El amor, por el contrario, produce uno y otro efecto y de un modo mucho más -

¹ Mat. 22, 38.

² Ps. 33, 15.

excelente: él nos separa del mal y aun de toda apariencia de mal y nos empuja al bien, y al bien más perfecto, a pesar de todas las dificultades que se nos pongan delante y a costa de toda clase de sacrificios por más penosos que sean para la naturaleza. El temor, como no mira sino a nuestro interés, nunca es generoso, sino que se circunscribe a lo que es de pura obligación, y aun cree haber hecho demasiado al cumplirlo. No sucede lo propio con el amor. Aspira incesantemente a mostrarse más y más generoso, y reputa como nada todo lo hecho, aspirando constantemente a hacer algo más. Las delicadezas, las atenciones y los obsequios del amor, son propios y exclusivamente suyos; el temor no sería capaz siquiera de darnos la menor idea de ellos.

Así pues cuando Dios haya comenzado a infundir su caridad en nuestros corazones, cuando empecemos a sentir que le amamos, y que nuestro único deseo se cifra en darle de día en día mayores pruebas de este amor, debemos fomentar cuanto podamos ese noble sentimiento, nutrirlo con el mayor desvelo y alejar de nuestro corazón todo cuanto pudiera debilitarlo. Dios mismo se complace entonces en mostrarse al alma de que al parecer ya no le teme, sino que acude a Él con entera confianza y le habla con santa familiaridad. Las verdades más terribles no la espantan, cuando reflexiona sobre ellas; es que el temor ha cedido su lugar a un sentimiento más dulce, y experimenta, con inefable consuelo, cuánta verdad encierran aquellas palabras de San Juan: *La perfecta caridad echa fuera el temor*. Mas no se crea que el alma se halle entonces exenta de todo temor; teme aún, pero con un temor casto y filial, propio de un hijo bien nacido para con su padre. No evita el pecado por temor a los terribles castigos que Dios podría imponerle, sino más bien porque es su bondadoso padre, a quien ama entrañablemente, y porque siendo El infinito en toda clase de perfecciones, aborrece el pecado con odio implacable y eterno.

Siente el alma horror profundo no sólo al pecado mortal, sino al pecado venial, y aún a la más mínima falta, y por nada del mundo cometería una sola con propósito deliberado. Sabe muy bien que el pecado es el mal de Dios; y como tal digno de todo aborrecimiento, y más temible que todos los males del mundo.

¡Qué fuerza tan grande no le comunica este temor filial, para combatirse y resistir a las tentaciones! ¡Qué cuidado tan exquisito no le inspira, qué vigilancia tan continua sobre sí misma! ¡Cuántas precauciones le sugiere para evitar todo aquello que entiende puede disgustar a Aquel a quien tanto ama! ¡Con qué facilidad vence todos los obstáculos, rompe todos los lazos, triunfa del mundo y de sus placeres, de la carne y de la sensualidad, del demonio y de sus tentaciones! ¡Qué alegría tan grande experimenta al verse libre de todo lo que la cautivaba, y poder amar con toda su alma a Aquel que únicamente merece ser amado! El temor servil, ese temor que hiela el corazón y paraliza en cierto modo sus latidos, ¿podría acaso producir nunca semejantes efectos?

Si el temor de disgustar al objeto amado desvía al alma de todo mal, el deseo de agradarle la excita a la práctica de todo el bien que Dios le exige. Lejos de esquivar las ocasiones en que pueda complacerle, las busca con afán; aprovecha gozosa todas las que se le presentan: los trabajos, sufrimientos y sacrificios apenas le cuestan nada. Con tal de que pueda contentar a Dios está satisfecha; y su mayor pena sería tener que echarse en cara la menor negligencia o cualquier descuido en este punto. Como conoce que el mayor enemigo que tiene Dios, mora dentro de sí misma; a saber, su naturaleza corrompida y su amor propio, los aborrece y detesta, les combate y persigue incesantemente, venciénzose en todo a sí misma: y como conoce además que no le es posible aniquilarlos del todo, pide a Dios instantemente la completa y total destrucción de estos sus más implacables enemigos.

Este es sin duda el maravilloso cambio obrado por la perfecta caridad; se introduce en el alma, llevada de la mano por el temor, pero una vez que ha penetrado ya en ella, echa fuera al temor porque quiere reinar sola.

En efecto, estos dos sentimientos son incompatibles. La caridad, que no mira más que a Dios, renuncia a todo propio interés, y el propio interés es la única cosa a que aspira el temor y el único móvil de sus pasos. La caridad no sirve a Dios porque es terrible, sino más bien por ser bueno; no le teme como a Señor, sino que más bien le ama como a padre; no para

su atención en el castigo, ni aun en la misma recompensa, sino que sirve a Dios porque le ama, por ser El quien es, apartando cuanto es posible de sí el amor de todas las criaturas, por ponerle en el Criador de ellas, a El en todas amando y a todas en El, conforme a su santísima y divina voluntad, según observa San Ignacio¹

Así, pues, cuando el alma que se ha consagrado enteramente al amor de Dios, se sintiere vivamente impresionada del terror de sus juicios, debe examinar si este sentimiento procede del mismo Dios, y en tal caso considerarlo como una prueba, y sobrellevarla con amorosa resignación: si fuere efecto de la imaginación, no tiene que detenerse en él y debe evitar todo cuanto pudiera fomentarlo; si viene del demonio, que trata de inspirarla sentimientos de desesperación, debe entonces reanimar su confianza en Dios, y arrojarse en sus brazos, rogándole sea servido de que saque gran provecho de aquella tentación, haciéndola servir al triunfo de su puro amor. Porque es indudable que Dios no la permite sino con el fin de impulsar a alma a que le ame con mayor pureza, para desprenderla de todo afecto desordenado a las cosas de la tierra y obligarla a renunciarse a sí misma en lo que tiene de más íntimo. Una vez que el alma haya hecho generosamente este sacrificio, quedará tranquila, el demonio huirá desconcertado y perderá todo poder sobre ella; con lo cual quedará más y más afianzado en su corazón el reinado del amor. De este modo el temor y el amor contribuyen admirablemente a acrecentar en el alma la caridad en toda su pureza y perfección.

1 Const. part. III, cap I § 26.

XI

Motivos que deben impulsarnos a procurar la santidad

Sed santos como yo soy santo ¹ dijo Dios a los hijos de Israel. *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*, encarga Jesucristo a sus discípulos². Estas palabras nos muestran claramente que Dios ha de ser el motivo y a la vez el modelo de nuestra santidad. Si llegáramos a penetrarnos bien de ellas, por sí solas nos revelarían más verdades, y con más intensa claridad, que cuantas enseñaron los sabios y filósofos, aun los de más precara inteligencia. Pero no llegaremos nunca a conseguir este conocimiento sino es con el auxilio de la divina gracia, e iluminados con sus resplandores: siendo además indudable que lo que nos ha de desentrañar el misterioso sentido que encierran, no debe ser el estudio especulativo de las virtudes, sino el ejercicio práctico de las mismas.

Sed santos, dice el Señor, *como yo soy Santo*. ¿Qué es lo que constituye la santidad en Dios? El amor al orden; Dios ama esencialmente el orden, sin que pueda aprobar ni condescender, ni dejar impune cosa alguna que lo perturbe o destruya. Podrá permitir el desorden en su criatura, tolerárselo por algún tiempo, perdonárselo si se arrepiente de él y lo repara; pero lo reprueba y anatematiza donde quiera que se halle, y cuando haya terminado el tiempo de la misericordia y llegue el de su inexorable justicia, lo castigará severamente y sin miramiento alguno. Y esto por ser él Santo y la misma santidad. Como tal no puede en manera alguna dejar de prescribir a la criatura inteligente y libre, que observe el orden por El establecido, ni dejarla sin recompensa después que lo haya observado. La ejercitará por algún tiempo, la afligirá, la sujetará a diversas pruebas; parecerá abandonarla para asegurarse mejor de su virtud; pero si ella no se aparta un punto del orden, si persevera constantemente en El,

¹ Lev. 11, 44.

² Mt. 5, 48.

al fin la premiará con la eterna bienaventuranza, porque es Santo.

Esta santidad esencial en Dios es, a no dudarlo, el primero y el más poderoso motivo que debe impulsarnos a procurar la nuestra. Estamos obligados a amar el orden, porque Dios lo ama: nos dotó de inteligencia y libertad para que con la primera viniéramos en conocimiento del orden por El establecido y con la segunda nos sometiéramos a él.

En calidad de criaturas racionales, hemos sido formados a imagen y semejanza de Dios; y como Dios se conoce a sí mismo y se ama como fuente que es de toda santidad y la santidad misma, nosotros que somos su imagen debemos conocerle, amarle, obedecerle é imitarle bajo este concepto. No basta que seamos imágenes suyas por nuestra naturaleza espiritual, dotada de inteligencia y libertad como la suya; se requiere además que lo seamos por nuestra propia voluntad y libre elección.

Debemos, pues, aspirar a ser santos y trabajar con todas nuestras fuerzas para conseguirlo; debemos rechazar con horror todo lo que se oponga a la santidad, porque Dios es Santo y nosotros hemos tenido la dicha de haber sido criados a su semejanza.

A la verdad, fuera loco atrevimiento pretender acercarnos y unirnos con Dios sin ser santos, o al menos aspiráramos a serlo. Ahora bien, es indudable que puesto que hemos sido criados para vivir en íntima comunicación y trato con Dios, debemos fomentar en nuestra alma sentimientos de gratitud para con Aquel, de quien todo lo he recibido; de confianza, por cuanto todo debemos esperar de El, y además porque tenemos perpetua necesidad de su auxilio; de amor, por cuanto El es nuestro único y soberano bien, y fuera de El no podemos alcanzar nuestra felicidad temporal y eterna. Siendo esto así ¿en qué vendría a parar este trato y comunicación con Dios si no aspiráramos a la santidad? Es indudable que en tal caso muy presto se rompería indefectiblemente aquel trato y comunicación; porque a medida que nos fuéramos alejando de la santidad, nos alejaríamos también de Dios, y a su vez Dios se iría alejando de nosotros. Por una parte nos sería imposible so-

portar la mirada escrutadora de Dios, y por otra El nos arrojaría lejos de sí: atraeríamos sobre nuestras cabezas sus anatemas y venganzas y al fin acabaríamos por ser arrojados eternamente de su presencia.

Pero hay todavía otra razón más poderosa que debe estimularnos a procurar la santidad. En efecto, por medio de la gracia, Dios penetra el alma de un modo verdaderamente maravilloso, la eleva al orden sobrenatural, dándole derecho a la visión beatifica y a gozar eternamente de su misma felicidad. ¿No son acaso todos estos motivos poderosísimos que justifican plenamente aquellas palabras con que Dios nos exhorta a que aspiremos a la santidad cuando nos dice: *Sed santos porque yo soy Santo*? Porque, ¿cómo podríamos pretender gozar de la eterna felicidad de Dios, infinitamente santo, vivir íntimamente unidos con El y participar de su misma bienaventuranza, sin ser santos, no como quiera, sino con una santidad que excluya toda mancha? ¿Cuál habrá de ser pues nuestra ocupación continua acá en la tierra, sino purificarnos más y más de nuestras faltas, desterrar de nosotros todo cuanto pueda apartarnos de la santidad, procurando a la vez, con todas las energías de que somos capaces, adquirir las virtudes que más agradables puedan hacernos a los ojos de su divina Majestad? Y como por otra parte es indudable que no podemos alcanzar la perfecta pureza del alma, con solos nuestros esfuerzos, ¿por qué no acudimos a Dios con incesantes súplicas a fin de que nos santifique más y más con los auxilios de su poderosa gracia, y nos vuelva tales cuales El nos quiere, para que seamos dignos de su presencia soberana? ¡Cómo! Estando como estamos destinados a poseer eternamente a Aquel que es santo por esencia, a Aquel cuya infinita santidad pasma de admiración, y constituye la alegría y felicidad de los espíritus bienaventurados; teniendo que entonar como ellos durante toda la eternidad aquel sublime cántico: *Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos*, ¿podríamos descuidar un punto nuestra santificación, o dejar de consagrar a ella todas las energías de nuestra alma y todos los momentos de nuestra vida? ¿En qué otra cosa podremos emplearlos mejor que en esto?

Otro motivo más poderoso tenemos aún para trabajar

incesantemente en nuestra santificación. Dícenos Dios: *Sed santos porque yo soy Santo*. Como si dejera: sed santos porque yo mismo me he unido personalmente a vuestra naturaleza para santificarla. El cristiano no es simplemente un ser racional, sino que ha sido hecho participante, por medio de Jesucristo, de la naturaleza divina; ha sido elevado a la dignidad de hijo adoptivo de Dios Padre y de hermano del Verbo encarnado. No sólo su alma, sino también su mismo cuerpo participa de esta adopción, puesto que sus miembros son los miembros de Jesucristo, según enseña San Pablo. Con mayor razón pues pertenecerán a Jesucristo su alma y sus facultades. ¡Cuán santo de cuerpo y alma deberá procurar ser el cristiano, incorporado a la divinidad! ¡Oh, Dios mío! Si estuviéramos bien penetrados de esta verdad, ¡cuán grandes serían nuestras ansias por alcanzar la santidad! No me extraña, después de esto, que los apóstoles no diesen a los primitivos cristianos otro dictado que el de Santos, y que esta costumbre perdurara en la Iglesia por largo tiempo. Pero en nuestros días, ¿no sería una irrisión dar este título a la generalidad de los cristianos? ¿No son la mayor parte, por su conducta, y muchos también por los principios que profesan, enemigos de la santidad? ¡Qué desastroso cambio ofrece el aspecto del cristianismo!

Pero veamos ya cuál sea el ideal de santidad propuesto a todos los cristianos. no es otro que la del mismo Dios: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*. Jesucristo, Dios hecho hombre para enseñarnos el camino de la santidad, es quien nos dirige estas palabras.

¿Y qué quiere significarnos con ellas? ¿Acaso podemos nosotros igualar la santidad de Dios? Indudablemente que no: es imposible que seamos tan santos como El, ni siquiera que nos acerquemos a su infinita perfección. Mas cualquiera que sea nuestra santidad, es indispensable que esté calcada en la suya, que es la única fuente, el único dechado perfecto de toda santidad.

Precisamente porque nuestra vista es demasiado débil para contemplar la santidad, tal como resplandece en el mismo Dios, y además porque somos incapaces de hacer una exacta aplicación de ella a nuestra conducta, Dios se hizo hombre

conversó entre los hombres, les instruyó con sus enseñanzas y ejemplos durante todo el discurso de su vida, y juntando en sí la naturaleza humana y la divina, en unidad de persona, propuso a todos os hombres un modelo de santidad que pudiesen comprender e imitar. Nadie, pues, podrá alegar la excusa de decir: ¿Quién subirá al cielo para copiar allí, a vista del mismo Dios, el verdadero prototipo de la santidad? Porque la santidad personificada ha bajado a la tierra, se nos ha mostrado revestida de nuestra carne, ha hablado y obrado como hombre, y de consiguiente, para alcanzar el verdadero concepto de la santidad, basta estudiar el espíritu de Jesucristo, conformarnos con sus máximas y seguir sus pisadas. Por este medio llegaremos a ser perfectos como es nuestro Padre celestial.

Más aún, Jesucristo no solamente es el modelo de la santidad, sino que es el principio y la primera causa eficiente de la misma. Nada podemos sin el auxilio de su gracia; es preciso que ésta concorra con nuestra libertad, para que podamos ir santificándonos y asemejándonos a El en la santidad de vida. El nos ofrece continuamente esta gracia y nos promete aumentárnosla a medida que hagamos buen uso de ella. Mas este mismo buen uso de la gracia, más depende de El que de nosotros; y por lo mismo, si de veras queremos atender a lo que más nos interesa y trabajar eficazmente en nuestra propia santificación, el mejor partido que podemos tomar en esta parte, consiste en renunciar a nuestra libertad para consagrarla enteramente a Jesucristo, rogándole disponga de ella como de cosa propia, y protestándole que no queremos guiarnos sino por sus luces, ni obrar sino bajo su dirección. Dichosos aquellos que se entregan a El de manera que no vuelvan atrás después de haberse renunciado a sí mismos. Estos tales andarán a pasos gigante por el camino de la imitación de Jesucristo, conformándose en todo con su divino beneplácito; no resistirán nunca a sus inspiraciones, y, muertos del todo a su propio juicio y a su propia voluntad, vivirán únicamente la vida de Jesucristo.

XII

La vida espiritual es una especie de negociación entre Dios y el alma

La vida espiritual no es otra cosa, si bien se considera, que una especie de comercio entre Dios y el alma. Dios da para recibir y lo mismo hace el alma: pero Dios siempre es el primero en dar y también el último. Previene al alma por medio de la gracia en el tiempo; después le da su gloria, de la cual gozará por toda la eternidad. Esta gracia y esta gloria son una comunicación más o menos perfecta del mismo Dios. El alma por su parte da también a Dios; le sacrifica sus gustos, inclinaciones, quereres e intereses: en una palabra, se pone toda entera en las manos de Dios para que disponga de ella en cada momento según su beneplácito. He aquí lo que hace el alma o mejor dicho lo que debe hacer, mientras viva en este mundo. En la otra vida ya no hará nada libremente; no se entregará a Dios sino que será arrebatada por El, ya no se pertenecerá, sino que será toda del soberano Bien, al cual poseerá y del cual será poseída de un modo verdaderamente inenarrable. Por lo tanto sólo en el tiempo puede haber libre comunicación de bienes entre Dios y el alma, mas no en la eternidad, por lo que al alma se refiere. Veamos ahora cuales son por parte de Dios las leyes de esta santa comunicación, y las que el alma debe observar por la suya, a fin de corresponder a las bondades inefables de su divina Majestad.

Primera ley.- Dios se anticipa al alma en dar, y esto siempre y en todo. *¿Quién es el que le dió a El primero alguna cosa para que pretenda ser por ello recompensado?* exclama San Pablo¹. Esto es evidente en el orden de la naturaleza, en el cual recibimos de Dios, a cada instante el ser y todo lo que sirve para conservarlo: pero no lo es menos en el orden sobrenatural, puesto que el principio de ella es la gracia, ora justificante, ora actual, que es un don de Dios, y don puramente gratuito, que

¹ Quis prior dedit illi, et retribuetur ie? Rm. 11, 35.

nosotros somos incapaces de merecer. Si después de haber perdido la gracia del bautismo, la recobramos por la penitencia, Dios es quien da los primeros pasos para llamarnos a Sí; porque una vez separados de El por el pecado, no podríamos jamás, volvernos a El por nuestros propios esfuerzos. Si conservamos la gracia del bautismo, es por efecto de una serie de gracias actuales que recibimos a cada momento. Es de fe que para cada acto sobrenatural necesitamos de una gracia que prevenga y acompañe a este acto; y Dios no nos rehusa jamás esta gracia sino cuando nos hacemos indignos de ella. Así, pues, queda incontestablemente sentado que siempre es Dios quien nos previene, y así debía ser, porque sólo El es siempre y en todos los casos el manantial de todo bien.

La ley por la cual debe regirse la criatura no puede ser otra que la de correspondencia y fidelidad. Dios la previene, ella debe seguir la divina inspiración: Dios le da, ella debe conservar el precioso tesoro: y si Dios le concede la gracia de pedirle algo debe ella otorgarle generosamente todo lo que El le pida. ¿Cómo podría haber comunicación de bienes entre los dos, si ella recibiese sin devolver nada, o si no diese a proporción de lo que recibe? Debe además el alma mostrarse sumamente reconocida para con Dios, cuyos beneficios la previenen sin cesar. Este reconocimiento ha de ir acompañado de profunda humildad a sí misma, nada puede merecer; y por otra que quizás en muchas ocasiones ha merecido, por sus pecados, ser abandonada de Dios.

Segunda ley .- Los dones de Dios son perfectamente desinteresados; nada tiene que ganar para sí en todo el bien que nos hace. Si exige correspondencia de nuestra parte, no es ciertamente porque ésta haya de reportarle alguna ventaja, sino para nuestro bien. Ni siquiera nos concede sus gracias porque prevea que hemos de hacer buen uso de ellas. ¡Cuántas nos ha otorgado hasta ahora, de las cuales hemos abusado y cuyo abuso previó El perfectísimamente! Y con todo, la clara previsión de nuestra infidelidad, no fué parte para detener un punto la corriente de sus beneficios. ¡Cuánta bondad y desinterés!

El alma no puede corresponder a esta ley sino muy imperfectamente, siendo como es imposible que no reporte para

sí alguna ganancia en aquello mismo que da a Dios: por manera que ni debe ni puede jamás renunciar del todo a su interés. Todo lo más a que puede llegar, con el auxilio de la divina gracia, es a no parar mientes en el premio que ha de recibir por sus buenas obras; a no regatear nada a Dios, ni figurarse jamás que le concede demasiado; a no rehusar nada a Dios, so pretexto de que no está obligada a ello, o que no se lo exige El de un modo absoluto; a no tener excesivo apego a los dones que ha recibido de Dios, ni quejarse amargamente de El cuando se los retira; sino permanecer siempre generosa y fiel cuando Dios pone a prueba su amor: en fin, si el Señor permite vengan sobre ella graves tentaciones, por más que se crea desamparada y sin remedio alguno, no por esto debe abandonar el servicio de Dios, sino poner especial empeño en practicar todo aquello que conozca ser agradable a sus divinos ojos. Con este generoso desinterés imita en alguna manera el que Dios usa con ella: Le ama y sirve y se sacrifica por El, sin buscarse a sí misma en nada: que esto es precisamente lo que hay de más glorioso para Dios en el servicio que le presta su criatura. De aquí que El recompense siempre con infinita largueza semejante servicio. Pero es preciso tener en cuenta que a las veces dispone el Señor que el alma no se dé cuenta de semejante recompensa, a fin de que obre con mayor pureza de intención y acreciente su mérito. ¡Admirable artificio del amor divino, cuyo secreto muy pocas personas espirituales llegan a comprender!

Tercera ley.- Dios nunca se arrepiente de sus dones, como nos enseña la sagrada Escritura. No le pesa jamás de habernos otorgado, ni vuelve a tomar lo que una vez nos dió. Tampoco se los echa en cara a la misma alma cuando ésta abusa de ellos, sino que sólo se limita a reprenderla severamente por semejante abuso, aunque por otra parte se halla siempre dispuesto a colmarla de mayores bienes si quiere retornar a El sinceramente. Ved sino cómo trató a David, a San Pedro y a tanto otros, después de su conversión. Observad qué acogida dispensa este buen padre al hijo pródigo, cuando vuelve arrepentido a la casa paterna; cómo se lo devuelve todo y aun añade nuevos favores. Los mismos justos parece tienen celos al ver la buena acogida que dispensa a los pecadores arrepentidos.

Veamos ahora con cuánta tacañería suele corresponder la criatura a estas inefables liberalidades de Dios. Sumida como se halla en su amor propio, de miras rastreras e interesadas, cuando Dios no le paga al contado sus sacrificios, frecuentemente muy ligeros; cuando no ve en sus manos el salario correspondiente a sus buenas obras, se lamenta de que Dios falta a su fidelidad, le pesa de lo que ha hecho en su servicio, y llega algunas veces hasta el extremo de volver a tomar lo que antes le había dado. ¡Qué indigna mezquindad! ¿Qué sería de nosotros si Dios se portara de igual suerte con nosotros, y nos retirara sus gracias cuando no correspondemos a ellas, o nos las negara porque prevé el abuso que de ellas hemos de hacer? Aprendamos de El a saber dar sin arrepentirnos jamás de nuestros dones; no paremos tanto la atención en los servicios que le hemos prestado, olvidemos las dádivas ya hechas, y pongamos los ojos más bien en lo que nos resta todavía por hacer; sintamos no poderle servir tan perfectamente como El se merece y persuadámonos de que, aun después de haberle consagrado enteramente todos nuestros servicios, todavía nos veremos precisados a exclamar: *Somos siervos inútiles: no hemos hecho más que lo que ya teníamos obligación de hacer*¹ No nos toca a nosotros inquirir si o no se dignará Dios aceptar nuestros servicios; ni si hará, al parecer, caso omiso de ellos, y aun quizás si nos tratará con más rigor después que se los hayamos prestado: lo único que nos interesa saber es si desea el Señor, o no, que le hagamos tal o cual sacrificio, y una vez persuadidos de que El lo quiere, proceder con todo el ímpetu de la voluntad a la aceptación pronta y perfecta del mismo. Tal es la conducta de toda alma fiel y generosa.

Cuarta ley.- Dios no abandona nunca al alma si no es primero abandonado por ella. Es el primero en dar, pero jamás lo es en abandonar. Al contrario, solicita al alma durante mucho tiempo, aun después que ella le ha abandonado. Su paciencia en esta parte no reconoce límites; de forma que, aun tratándose de los más ingratos pecadores, mientras aliente en ellos un soplo de vida, siempre está dispuesto a perdonarles sus culpas, si de

¹ Luc. 17, 10.

veras se convierten a El. ¡Cuánta generosidad y fidelidad la suya!

Esta misma fidelidad y generosidad debe imitar el alma que se ha consagrado a Dios. Dios no me abandona jamás, tampoco debo yo abandonarle nunca. Estoy seguro de su fidelidad: luego no debo descuidar medio alguno en razón de asegurar la mía! Mas ¡Ah! que la experiencia cotidiana nos enseña ¡cuán inconstante y tornadiza es nuestra voluntad! y por lo mismo ¡cuánto debemos desconfiar de ella! Hoy le prometemos a Dios, y protestamos una y mil veces que jamás nos apartaremos de El, y mañana quizás le volveremos ignominiosamente, las espaldas. Tan lamentable fragilidad e inconstancia debiera enseñarnos a desconfiar enteramente de nosotros mismos y determinados a ofrecer a Dios, sin reserva alguna, nuestra misma libertad con aquellas hermosas palabras de San Ignacio de Loyola: “Tomad, Señor, y recibir toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento, y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer: vos me lo disteis, a vos, Señor lo torno: todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad”¹. Pero además de esto debiéramos con suma diligencia guardar inviolable fidelidad a las gracias más insignificantes que recibamos de Dios Nuestro Señor, puesto que el más pequeño descuido culpable en esto podría traernos fatales consecuencias de parte de Dios y de la nuestra. De parte de Dios, cuyo amor para con nosotros, no puede menos de enfriarse a vista de nuestra ingratitud, la cual podría ser causa de que nos negara otras gracias especiales que nos tenía preparadas, en justo castigo del abuso que hicimos de la que nos había concedido: y de parte nuestra, por cuanto con aquel abuso enflaquecese nuestra voluntad y nos ponemos en mayor peligro de recaer. ¡Ah! Señor, espero de vuestra infinita bondad que me perdonaréis las faltas cometidas por fragilidad e inadvertencia, pero os suplico con toda mi alma que no permitáis cometa una sola con propósito deliberado, ni que resista advertidamente a ninguna de vuestras gracias, o rehuse aceptar cualquier sacrificio que os dignéis exigirme. Desconfío de mí mismo en todo, y por esto pongo en vuestras manos toda mi li-

1 *Ejercicios espirituales*. Meditación para alcanzar amor Punto 1º.

bertad a fin de que la gobernéis, y dispongáis de mí en todas las cosas. La gracia que más ardientemente deseo alcanzar de Vos es una constante fidelidad en vuestro divino servicio. Concedédmela, Dios mío, cualesquiera que sean los sacrificios que haya de costarme; pues por más penosos que sean, me parecerán de poca monta a trueque de alcanzarla.

XIII

Cuanto tenemos es de Dios: nada somos de nosotros mismos

Quien penetrara perfectamente el sentido de estas dos ideas abarcaría en toda su amplitud la vida espiritual, cuya perfección consiste en atribuir a Dios y a la criatura lo que es propio de cada cual. Nada de cuanto posee la criatura lo tiene de sí misma, sino que lo ha recibido de Dios. El que obre conforme a estos principios fundamentales de la vida cristiana será sin duda sólidamente humilde y vivirá perfectamente sumiso a la gracia. Desde los comienzos de la vida espiritual debe persuadirse el alma de su propia nada, y de que toda su suficiencia proviene de Dios. Pero no basta que sea ésta una persuasión puramente especulativa y estéril, cual sería la adquirida con el estudio filosófico de la naturaleza de Dios y de la del hombre, sino que debe ser una persuasión práctica, es decir, que debe manifestarse en las obras, así interiores como exteriores. El fruto máspreciado que sacaremos de esta íntima persuasión será irnos despojando paulatinamente de todo lo que no es nuestro, vaciándonos por una parte de nosotros mismos, hasta quedar reducidos a lo que en realidad de verdad somos; a saber, nada: pero al mismo tiempo nos iremos llenando de Dios, de suerte que Dios lo sea todo en nosotros y nosotros todo en El. Mientras nos creamos algo, por poca cosa que sea, mientras busquemos en algo nuestro propio interés, y no refiramos todas nuestras acciones a Dios, como a nuestro último fin, no podremos decir con verdad que nos tenemos en nada, ni será Dios para nosotros

la única fuente de donde procede todo bien y el término final de todas nuestras operaciones.

Todo, en el orden de la naturaleza, lo hemos recibido de Dios, puesto que El nos dió la existencia y la vida, que es raíz y fundamento de todos los demás bienes. De nosotros mismos, pues, nada tenemos, sino que cuanto somos, valemos y podemos, de Dios lo hemos recibido. El cuerpo y el alma, las potencias y sentidos, la inteligencia, la memoria y la voluntad, juntamente con el ejercicio de estas mismas facultades, son otros tantos dones de Dios. Si nos los apropiáramos y envaneciéramos por ellos, prefiriéndonos vanamente a aquellos que en realidad o sólo a mi juicio, carecen de tales dones, robaríamos a Dios su hacienda y nos olvidaríamos de nuestra nada, cometiendo a la vez una injusticia con respecto a aquellos a quienes nos prefiriéramos, puesto que somos tan nada como ellos: mejor dicho, nuestro orgullo nos colocaría, por decirlo así, en un lugar inferior a la misma nada, convirtiéndonos en objeto de odio a los ojos de Dios, el cual no puede sufrir que la nada se atribuya cosa alguna. *¿Qué cosa tienes tú, dice San Pablo, que no la hayas recibido de Dios? Y si todo lo que tienes lo has recibido de El, ¿de qué te jactas como si no lo hubieras recibido?*¹

Pero no sólo lo criado procede de Dios, sino que además se ordena a El como a su último fin. *Todas las cosas las ha hecho el Señor para gloria de sí mismo*, dice el Sabio, en los Proverbios². Y si bien es verdad que en cierto sentido el universo ha sido criado para el hombre, y para que use de él mientras viva acá en la tierra, mas esto es siempre con la condición de que el hombre refiera a Dios todas las demás criaturas que sirven para su uso; le glorifique por medio de ellas, puesto que sólo él es capaz de hacerlo, por estar dotado de inteligencia y de libertad, la cual debe emplear según los designios del mismo Dios. He aquí la manera cómo debe ordenarse el hombre en el uso de las criaturas. Siendo, como es, capaz de glorificar a Dios inmediatamente por sí mismo, debe referirle

1 I Cor. 4, 7.

2 Prov. 16, 4.

todo su ser, todas sus potencias y todos sus actos libres; debe someterse en todo al dominio de Dios: y puesto que Dios le ha constituído acá abajo señor de las criaturas, debe considerarlas como otros tantos beneficios de Dios y hacerlas servir para gloria de su bienhechor. Si el hombre se aparta de este orden, y obra independientemente de él, cual si fuera dueño absoluto de su voluntad; si prescindiendo del soberano dominio de Dios, refiere a sí mismo un solo pensamiento, una sola acción; si usa de las criaturas de un modo contrario a la voluntad de Dios; si en fin, se aficiona a ellas hasta el extremo de convertirlas en término de su felicidad y fin último de sus operaciones, es un ingrato, un rebelde y un usurpador de los bienes de Dios.

Pero si cuanto posee el hombre en el orden de la naturaleza lo ha recibido todo de Dios, con mucha más razón se realizará esto mismo en el orden de la gracia. A la verdad, ¿en qué consiste el orden de la gracia? No consiste en otra cosa que en la elevación de la criatura inteligente y libre al orden sobrenatural y a una participación inefable de la divinidad. Ahora bien, semejante elevación y participación es cosa tan sublime, y sobrepuja en tanto grado la capacidad natural de la criatura, que es menor la distancia que media entre la nada y el ser, que la que hay entre la simple existencia y esta elevación y participación de la naturaleza divina; la cual, por una parte es enteramente gratuita y por otra tan excelsa que el mismo Dios, con todo y ser omnipotente, no podía encumbrar al hombre más de lo que le encumbró. De donde se sigue que en el orden de la gracia todo cuanto tiene el hombre lo ha recibido de Dios, siendo de sí mismo, pura nada.

Así, pues, cuanto poseemos en el orden de la gracia lo hemos recibido de Dios.

1º Porque sólo El nos ha dado y pudo darnos el conocimiento de la excelencia de nuestro destino. El hombre no hubiera alcanzado, jamás, por sí solo, la menor idea del orden sobrenatural.

2º Porque sólo Dios pudo prescribirnos, y nos ha prescrito efectivamente, los medios necesarios para llegar a este fin sobrenatural. La religión, el culto, los sacramentos, los preceptos, todo es absolutamente de institución divina. La razón

humana, abandonada a sí misma, no puede conocer estos medios y carece de toda autoridad para prescribirlos.

3º Porque si el hombre no está prevenido de una luz sobrenatural, que aclare e ilumine su espíritu, y de una santa moción que excite su voluntad, es incapaz de formar ningún buen pensamiento, ningún buen deseo, ni ejecutar acto alguno meritorio para la vida eterna. La voluntad humana necesita ser continuamente prevenida y auxiliada de la gracia. El consentimiento mismo, que ella presta a la gracia, de tal manera es suyo que también es de Dios y más de Dios que suyo. Excitada y movida la voluntad humana por la acción de Dios, todo su mérito consiste en una fiel y constante cooperación a la gracia: fidelidad y constancia que alcanza mediante otras gracias que va recibiendo de su divina Majestad.

Tal sería el hombre con respecto a la gracia, y tan absoluta su dependencia de ella, aun en el supuesto de no haber pecado. Pero después del pecado original, esta dependencia es aún mucho mayor: porque la concupiscencia le arrastra hacia el mal y le inspira una secreta aversión al bien. Las pasiones turban y oscurecen su razón, y además su ignorancia y flaqueza son extremas. Necesita por consiguiente, para obrar el bien y perseverar en él, de una gracia mucho más poderosa; y esta gracia la debe a la pura benignidad de Jesucristo, Reparador de la naturaleza humana, caída en Adán.

Mas si al pecado original, que ya de por sí debilita en tanto grado al hombre, éste añade, como sucede con harta frecuencia, una larga serie de pecados actuales; si con la repetición de actos pecaminosos llega a contraer hábitos funestos que le arrastren al mal y le connaturalicen con él, entonces ya no es el hombre solamente un simple nada en el orden de la gracia; sino que hay en él algo que hace oposición formal a la misma gracia, y que resiste a ella, por decirlo así, con todas sus fuerzas: es preciso que Dios luche con él para convertirle al bien. Entonces más que nunca puede decirse que Dios lo es todo para santificación del hombre, el cual no solamente es nada, bajo este concepto, sino que opone a la gracia los mayores obstáculos.

Y esta nada hemos sido casi todos; ¡cuán pocos son los que conservan durante toda su vida la inocencia bautismal! Y no

sólo lo hemos sido quizá, sino que podemos volver a serlo, si no andamos sumamente precavidos. Podría ser causa suficiente para caer en tan miserable estado una sola infidelidad voluntaria, una sola resistencia a la gracia. En efecto, tratándose de un alma a quien Dios ha prevenido con sus dones, apartado de sus extravíos y enderezado por el camino de la virtud, una falta completamente deliberada, una resistencia formal y obstinada a cualquier cosa que Dios le pida, podría tener para ella las más terribles consecuencias y ser origen de su perdición eterna. ¡De cuán pequeños principios se han seguido espantosas caídas! Una vana complacencia de sí mismo, un secreto orgullo por las gracias recibidas, o por lo que se ha trabajado por Dios; un sentimiento de desprecio respecto al prójimo, prefiriéndose a él, puede ser, a las veces, suficiente para precipitarnos por grados en un estado más deplorable aún que aquel del que Dios nos ha sacado. ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¿Quién no se penetrará de un santo terror a la vista de ese abismo espantoso en que nos ha sumido el pecado, y en el cual puede volver a sumirnos a cada instante si no andamos con sumo recato? ¿Quién habrá tan insensato que se atreva a tenerse en algo si considera lo que ha sido y lo que hubiera llegado a ser si Dios no le hubiera sostenido con su gracia; y los abismos de maldad en que se precipitaría de un momento a otro, si Dios le abandonara a sus propias fuerzas?

¡Oh, Dios mío! Sedlo todo para mí, así en el orden de la naturaleza como en el de la gracia. Enseñadme a sacrificároslo todo, a atribuiros a Vos todo el bien que yo haga y a esperarlo todo de Vos. Enseñadme a mirarme como nada en lo que tengo de mi propia cosecha, puesto que me veo inclinado al mal desde mi niñez, incapaz del menor bien, por mis solas fuerzas, y capaz de los mayores pecados si me aparto un instante de Vos. Destruíd en mí este amor propio, que el pecado ha engendrado en mi corazón, y reducidme a aquel dichoso anonadamiento, que no ponga obstáculo alguno a vuestro soberano dominio, a fin de que de este modo rinda a vuestra omnipotencia el homenaje que se le debe.

XIV

Lo que Dios nos pide y lo que nosotros debemos pedirle á Él

Es muy importante y aun absolutamente necesario en la vía espiritual, saber distinguir bien, en lo que se refiere a nuestras disposiciones interiores, lo que Dios nos pide y lo que nosotros debemos pedirle a El; mejor dicho, lo que Dios tiene derecho a exigir de nosotros y lo que quiere esperemos de su bondadosa liberalidad. Por no discernir estas dos cosas claramente originanse muchas veces dudas y perplejidades acerca del estado de nuestra alma. A las veces estamos descontentos de nosotros mismos cuando no hay motivo de estarlo, y al contrario nos hacemos la ilusión de que Dios está satisfecho de nuestra conducta, siendo así que en realidad no lo está; nos quejamos de la Providencia, murmuramos injustamente contra ella; en fin, cometemos muchas faltas y aun estamos a punto de desalentarnos y echarlo todo a rodar. Tratemos, pues, a la luz de la verdad, de fijar bien y deslindar estos dos campos a fin de que podamos deducir en seguida la norma de nuestros juicios y de nuestra conducta.

Dios nunca exige de nosotros sino aquello que depende de nuestra voluntad. Este principio es de evidencia meridiana. Ahora bien, una sola cosa hay que dependa de nosotros, y es el buen uso de nuestra libertad, según la medida actual de la gracia que alumbra nuestro espíritu y excita nuestra voluntad.

Dios exige de nosotros, en primer lugar una atención continua a lo que pasa en nuestro interior y a las divinas inspiraciones, por medio de las cuales habla El a nuestro corazón.

Cuando uno ama sinceramente a Dios y tiene la firme resolución de agradarle en todas las cosas, no es tan difícil de alcanzar este recogimiento interior, como a primera vista parece. Eso sí, hay que cortar, a todo trance, todo aquello que pueda turbar o impedir ese recogimiento, ya sean diversiones exteriores, ya curiosidades indiscretas, ya aficiones desordenadas, ya pensamientos inútiles, ya en fin turbaciones y agi-

taciones voluntarias, de donde quiera que procedan. Cuando notemos que algo de esto nos estorba el recogimiento interior y tiende a impedirnos la fidelidad a la gracia, debemos apartarla prontamente de nosotros. Mas no se crea por esto que ni los deberes de nuestro estado, ni los quehaceres domésticos, ni los acontecimientos que la divina Providencia ordena, ni el cumplimiento de los deberes y conveniencias sociales, perjudiquen por sí mismos semejante recogimiento interior; se puede y debe conservarse en medio de todo esto. A más de que, después que uno se ha esforzado por algún tiempo en adquirirlo, llega a serle tan natural que apenas se da cuenta de él y lo conserva casi sin esfuerzo ni molestia alguna.

En segundo lugar, Dios exige al alma, plena y perfecta correspondencia a la gracia según las circunstancias en que ella se encontrare. La gracia de los principiantes no es la misma que la de las personas adelantadas en el camino de la virtud, ni la de éstas es la misma que la de las almas consumadas en perfección. Tal o cual disposición con respecto a la gracia, que sería buena en un principiante, no lo será tal vez en otro que anda más adelantado en la virtud. Tal práctica piadosa, muy útil y conveniente en un estado, pues, saber tomarlas y abandonarlas según la inspiración de la gracia y no ligarse a ellas con cierta especie de obstinación. Es preciso además, no pretender subir más alto de lo que permite la gracia actual que el Señor nos concede, ni emprender ni anhelar lo que es superior a nuestras fuerzas, y que admiramos en los santos; ni permitírnos ciertas libertades que Dios concede a las almas que han pasado ya por todas las pruebas.

Exige Dios de nosotros, en tercer lugar, que desde el momento en que nos hemos entregado a su divino servicio, no retrocedamos de la vía comenzada, ni volvamos a tomar aquello a que renunciamos por su amor: que no queramos guiarnos por nuestra cabeza, sino que antes de hacer algo que se salga de las vías ordinarias, le consultemos siempre a El y a los que ha instituído para conducirnos. Exige además que permanezcamos sumisos y conformados con su divina voluntad en cualquier estado en que a El le plazca colocarnos, sin pretender salirnos de allí por nuestra propia voluntad, so pretexto de que es muy

penoso permanecer en él por tanto tiempo. No debemos, pues, quejarnos de la conducta que observa con nosotros Dios nuestro Señor, ni importunarle para que nos libre de tal tentación, de tal humillación o de tal prueba interior que El mismo nos ha enviado para purificarnos; sino que debemos contentarnos con pedirle la fortaleza y la gracia que necesitamos para soportarnos.

Pero lo que ante todo y sobre todo exige Dios de nosotros, es una conformidad absoluta y constante con las disposiciones de sus divinos querer: y como en esta conformidad hay sus grados, que pueden ir acrecentándose hasta llegar a la perfecta uniformidad de nuestro querer con el de Dios, hemos de procurar ponernos y conservarnos en la disposición general de sacrificarle cada cosa que exija de nosotros à medida que nos la exija; y llegada la ocasión, hacerle el sacrificio real de la misma. Por consiguiente no hay necesidad de cavilar acerca de lo que Dios podrá exigir de nosotros en adelante, ni de imaginarnos en ocasiones y circunstancias en que tal vez no nos hallaremos jamás, ni preocuparnos de si tendríamos o no fuerzas suficientes para sobrellevar tal ó cual prueba. Todo esto sería inútil y tal vez peligroso: inútil, porque nos es imposible prever el porvenir, ni formarnos idea exacta de la disposición interior o exterior en que nos hallaríamos; peligroso porque nos expondría a la presunción o al desaliento. El que vive conformado enteramente con la voluntad de Dios, se arroja en sus brazos, le deja el cuidado de disponerlo todo conforme mejor le plazca, y sólo se preocupa en cumplir con toda exactitud lo que exige de él en el momento presente.

No nos pide Dios que tengamos devoción sensible, ni elevadas consideraciones, ni hermosos sentimientos en la oración y demás ejercicios de piedad. Estas gracias sólo dependen de Él que las da o las quita según le place. No hay, pues, que desalentarse cuando uno no siente nada en la oración o en la comunión, antes experimenta en ellas aridez, sequedad, desolación y pesadez, viéndose en la impotencia absoluta de tener un buen sentimiento. Sería lamentable error creer que las oraciones y comuniones hechas en tal estado no nos aprovechan de nada. El amor propio es quien nos inspira semejante juicio,

pues Dios juzga de muy distinta manera. Tampoco nos pide Dios que tengamos nuestra imaginación cautiva, en términos que seamos dueños absolutos de ella, puesto que no depende esto de nuestra voluntad: lo que sí depende de nuestro libre albedrío es no dar entrada a las distracciones voluntariamente, despreciarlas cuando se nos ocurran, no desalentarnos ni entristecernos al ver que no está en nuestra mano evitarlas, sujetándonos en todo a las decisiones de nuestro director. No depende tampoco de nosotros el no tener pensamientos contra la santa pureza, contra la fe, o contra la esperanza. Permite Dios semejantes tentaciones para nuestro provecho espiritual. Puede uno pedir con sumisión, como San Pablo, verse libre de ellas; pero si Dios nos responde como a él: “bástate mi gracia”¹, hay que soportarlas con humildad, y combatir las por los medios que la obediencia nos tenga prescritos.

En todos los acontecimientos que sólo dependen de la Providencia o de la voluntad ajena, Dios pide de nosotros entera sumisión, a fin de que saquemos de ellos el mejor partido que podamos para su gloria y nuestra santificación: y estemos bien persuadidos de que, como enseña San Pablo, todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios².

Por lo que respecta a las obras y trabajos que emprendamos a honra y gloria de Dios, no nos juzgará y galardonará su divina Majestad por el éxito de las mismas, sino atendiendo a si hemos puesto los medios que estaban en nuestra mano, y a la pureza de intención con que hayamos trabajado; porque el éxito de nuestras empresas no depende de nosotros, sino de Dios, el cual permite o dispone a las veces, para nuestro mayor bien, que el resultado no corresponda a nuestros esfuerzos y deseos.

He aquí poco más o menos y en conjunto lo que Dios exige de nosotros; que es precisamente lo que depende del buen uso de nuestra libertad. Respecto a lo que nosotros debemos pedir a Dios, es cosa cierta que muchísimas veces no sabemos lo que más nos conviene o pueda sernos perjudicial, y por lo tanto, lo mejor que podemos hacer será ponernos enteramente en sus ma-

¹ 2 Cor. 12, 9.

² Rm. 8, 28.

nos y pedirle que se cumpla en nosotros su divino beneplácito. En general, lo más acertado será atenernos, en nuestras peticiones, a lo que Él mismo nos manda que le pidamos, y ponernos en una santa indiferencia con respecto a todo aquello que no esté relacionado necesariamente con nuestra perfección y santificación.

Debemos, pues, pedir conocimiento de Dios y de nosotros mismos; quien es Él y quiénes somos nosotros; lo que Él ha hecho por nosotros y lo que nosotros hemos hecho por Él; lo que Él merece y tiene derecho a exigir de nosotros, el precio inestimable de la gracia y cuánto nos importa usar bien de ella.

Hemos de pedirle también a Dios nuestro Señor una perfecta confianza en Él, que llegue hasta el punto de poder decir con el santo Job: “Aun dado que el Señor me quite la vida, en Él esperaré”¹

Debemos pedir a Dios la gracia de amarle y servirle sólo por ser Él quien es, por puro amor y sin miras interesadas: buscando en todas nuestras obras su mayor gloria y el cumplimiento de su divino beneplácito.

Pidámosle con todas las veras de nuestra alma el espíritu de fe, que eleve todas nuestras obras, aun las más insignificantes, al orden sobrenatural, y que nos haga prescindir de toda mira puramente humana; que nos aliente y sostenga, aun en medio de las más espesas tinieblas con que veamos cercada nuestra alma: y en todos los acontecimientos de la vida aprendamos a saber discernir la amorosa mano de la divina Providencia que todo lo dispone y ordena al bien de sus escogidos.

Finalmente hemos de pedir a su divina Majestad la gracia especialísima de alcanzar una obediencia perfecta, que llegue a la completa renuncia de nuestro propio juicio y propia voluntad; una obediencia tal que, en ella, desconfiando de nuestras luces y venciendo todas las repugnancias de las pasiones y del amor propio, consideremos como lo mejor y más acertado aquello que el superior nos ordena, sin murmurar interiormente de sus disposiciones, ni dar en lo exterior muestra alguna de parecer contrario. Persuadámonos de una vez para siempre, de que no

¹ Job. XIII, 15.

daremos un paso adelante en el camino de la virtud y perfección, sin entregarnos enteramente al ejercicio de la santa obediencia, no sólo de ejecución sino también de voluntad y juicio, puesto que no hay senda más recta y segura para llegar a la perfección que la perfecta obediencia.

XV

Empleo del tiempo

La mayor parte de las personas emplean mal el tiempo; muchas otras hay que se ven apuradas con él y no saben cómo emplearlo, o mas bien, cómo perderlo; y toda su preocupación consiste en averiguar cómo pasarán el tiempo lo más agradablemente posible, o a lo menos sin fastidio. ¿Llegan a conseguirlo? Indudablemente que no. La experiencia enseña que las personas más ávidas de placeres, bien pronto se encuentran hastiadas de ellos; y el cansancio, el fastidio y la ociosidad, les hacen insoportable la existencia. Mas, por desgracia, cuando han adquirido esta experiencia, raras veces se aprovechan de ella: puesto que una vez contraídos los malos hábitos, les costaría mucho adquirir los buenos. Así es que continúan viviendo como antes vivieron, por más que no hayan podido alcanzar la felicidad que buscaban. ¡Desdichados de aquellos que abusan así del tiempo! Día vendrá en que desearán tenerlo a su disposición y se les negará.

Vamos a proponer aquí a los cristianos en general, y a las almas interiores en particular, algunas reflexiones saludables acerca de tan importante materia.

¿Qué es el tiempo con relación a cada uno de nosotros? No es otra cosa que nuestra existencia presente y actual. El tiempo pasado, o mi existencia pasada, ya no existe para mí; yo no puedo ni recobrarlo ni cambiar nada de lo pasado. El tiempo del porvenir, o mi existencia futura, no existe aún y quizás no existirá jamás para mí. No depende de mi voluntad ni, puedo contar con él, puesto que el mas poderoso monarca de la tierra no podría prometerse un solo instante de su vida futura. Estas dos verdades nadie las ignora, y, sin embargo, son muy pocos

los que sacan las consecuencias prácticas que de ellas se desprenden. Ello es cierto y evidente que no tenemos a nuestra disposición sino el momento presente, que es indivisible; sin que nadie pueda fijarlo, ni siquiera con el pensamiento, puesto que se nos escapa con una rapidez superior a todo enarcamiento.

Y ese instante presente, o esa existencia actual, ¿quién me la concede? Dios. El es quien me ha concedido pasar de la nada a ser, hace diez, veinte, treinta o mas años; El es quien me ha conservado la existencia en todos los instantes transcurridos y me la conserva en el presente. ¿Me la conservará en el que va a seguir inmediatamente: Lo ignoro, y nadie en el mundo me lo podría asegurar.

¿Para qué se me ha dado el tiempo? Para merecer una dichosa eternidad. En efecto, yo subsistiré eternamente: la fe nos lo enseña y la razón misma nos da completa seguridad de que existe la otra vida: el deseo de la inmortalidad se halla profundamente arraigado en el corazón humano, y semejante deseo, que Dios mismo ha grabado en el fondo de nuestra alma, no puede ser frustrado en su objeto. Hemos nacido, pues, para la eternidad; pero esta eternidad, puede ser dichosa o desgraciada. Depende del uso que hiciéremos del tiempo. Si después de haberlo empleado mal en la vida pasada, nos arrepentimos de ello y empleamos santamente el que nos conceda el Señor en adelante, seremos eternamente felices; pero si seguimos abusando de él de manera que la muerte llegue a sorprendernos en tal estado, seremos eternamente desgraciados.

Nuestra suerte eterna está, pues, ligada al uso que hagamos del tiempo: y puesto que ni el pasado ni el porvenir están en nuestra mano, hay que concluir que nuestra eternidad depende siempre del momento actual. Ahora bien, en este momento ¿cuál es mi estado? ¿Querría yo morir tal como me hallo? ¿Querría arriesgar mi eternidad? Y si no lo querría, ¿no mereceré el calificativo de insensato, permaneciendo en mal estado y confiando neciamente en el porvenir, cuando no estoy seguro del momento que seguirá al actual, y cuando quizá no me separa de la eternidad sino el instante presente?

Todos los acontecimientos de la vida, fuera del pecado, pueden

contribuir a labrar mi dichosa eternidad. Sólo el pecado puede hacérmela perder. Y ¿qué es el pecado? Una determinación momentánea de la voluntad, que se adhiere y abraza con lo que prohíbe la ley de Dios. Desde el momento en que nuestra voluntad ha dado pleno consentimiento, la transgresión de la ley es cosa grave, ora pongamos el acto exterior, ora no; si muriéramos en tal estado nos condenaríamos para siempre y sin remisión alguna. Por otra parte, nada ni nadie puede asegurarnos de que no moriremos en el acto mismo de dar entrada al pecado en nuestro corazón. ¿Puede darse locura e insensatez mas espantosa que la de consentir aquello que nos puede perder para siempre en el momento mismo en que lo consentimos, aun antes de ejecutar el acto exterior?

Todos los otros males que acaecen en el tiempo son de tal naturaleza, que pueden convertirse en bienes para la eternidad, si se aceptan cristianamente y con la recta intencion de que nos aprovechen para el cielo. No son, pues, tan de temer, ni hay para que preocuparse demasiado para evitarlos o remediarlos. Sólo el pecado es el mal de la eternidad: mal terrible, de cuyo remedio no podemos estar completamente seguros de vernos libres una vez cometido; mal, en fin, que no puede ser remediado sino por medio de un sincero arrepentimiento; para lo cual no sabemos si se nos concederá el tiempo necesario.

De estas reflexiones bien profundizadas, nos será facil sacar las siguientes conclusiones acerca del uso que debemos hacer del tiempo. Primera, no debemos hacer jamas nada que pueda exponernos a perder la eternidad bienaventurada. 2ª. Debemos emplear todos los momentos que el Señor nos concediere de vida en merecer esta dichosa eternidad. 3ª. No hemos de dilatar para el tiempo venidero, del que tal vez no podremos disponer, lo que podamos y debamos hacer en el momento presente. 4ª. Nunca debemos disipar en diversiones frivolas y mucho menos peligrosas, ni en ocupaciones inútiles o en la ociosidad, un tiempo cuyos instantes son tan preciosos. 5ª. En fin, deberemos estar bien persuadidos de que siendo por una parte la vida tan deleznable, que de un momento a otro puede extinguirse, y por otra, tan preciosa que con ella podamos merecer una dicha eterna; hay que considerarla como una cosa muy seria,

consagrándola enteramente al cumplimiento de nuestros deberes para con Dios, para con el prójimo, y para con nosotros mismos; sin desperdiciar la más mínima parte de ella, ni permitírnos otros esparcimientos que aquellos que Dios mismo autoriza y bendice: de forma que no sólo no empleemos el tiempo en ofender a su Divina Majestad, sino que al contrario nos sirvamos y ayudemos de él para merecer el cielo. ¡Qué reforma tan saludable se seguiría en el mundo si se practicara en toda su pureza e integridad esa moral tan sólida y verdadera, en la cual están cifrados los supremos y únicos intereses de nuestra alma!

Lo que llevamos dicho hasta aquí se refiere a todos los cristianos en general. Bajando al particular, por lo que respecta a las almas que profesan vida interior y perfecta, no deben éstas considerar el tiempo como cosa de que puedan disponer a su antojo, cual si fueran absolutamente dueños de él y no tuvieran que dar cuenta a nadie de su empleo: porque desde el punto y hora en que consagraron a Dios su libertad, juntamente con el uso que de ella pueden hacer en todos los instantes de su vida de procurar seguir en todo las divinas inspiraciones y conformar con ellas, no sólo sus actos interiores sino también las acciones externas, aun los más inocentes placeres y pasatiempos. Dios es el único dueño absoluto de todo esto, y así el alma que vive esa vida interior procura no dar un solo paso, ni decir una sola palabra por su propio impulso natural sino que procura acomodarse en todo al divino beneplácito. Y no vaya a creer nadie que esa sujeción continua al divino beneplácito resulte insoportable y molesta para el alma: muy al contrario, las que de veras y con toda fidelidad se ejercitan en ella, gozan de una libertad interior completamente desconocida de los mundanos, que viven a merced de sus caprichos y veleidades.

Lo que ante todo han de procurar esas almas en el uso que deben hacer del tiempo, es estar atentas a lo que Dios exige de ellas en cada momento y cumplirlo con toda fidelidad.

Mediante esta atención y fidelidad, que pronto se convierten en hábito, hállese descargadas de todo otro cuidado; y Dios, que es dueño de su tiempo, dispone del mismo como mejor le place. No hay necesidad alguna de que se preocupen acerca de lo que Dios dispondrá de ellas en adelante, ni de que formen